



# POESIA SE CRETA DE FERRAN CANYAMERES

AMB VNA DECLARA  
CIO DE JOAN TRIADV I QVA  
TRE DIBVIXOS DE  
PICASSO  
MCMLV



XAVIER PLA

Vista desde lejos, la literatura catalana del siglo XX presenta algunos faros indiscutibles. Sobre todo, en poesía: Carner, Riba, Foix, Espriu, Ferrater o Vinyoli forman un equipo excelente. En novela o prosa, quizás ya no está tan claro. Pero hoy, Pla, Sagarra, Rodoreda, Villalonga, Sales, Calders, por ejemplo, configuran una selección de primera. El *distant reading* también puede ser un buen método de análisis. ¿Qué sucede si desplazamos la mirada de lo *extraordinario*, de los casos *excepcionales*, a lo *cotidiano*, a lo más *común*? ¿Qué literatura encontraremos en la *gran masa de los hechos*? Está claro que una literatura no se comprende sólo por sus casos aislados, sino por un sistema colectivo, por un todo entrelazado. Un análisis más distanciado puede ser capaz de poner al descubierto aspectos hasta ahora devaluados en la historiografía literaria. Esto es lo que propone el profesor Franco Moretti en un ensayo estimulante, traducido al castellano, *La literatura vista desde lejos* (Marbot Ediciones, 2007). El profesor de la Universidad de Stanford, autor del celebrado *Atlas de la novela europea* (1997), parte de la idea de que la actividad crítica acaba analizando una fracción mínima del campo literario. Pensemos en el siglo XIX inglés. El canon se ha levantado a partir de casi doscientas novelas, lo que es muchísimo. Sin embargo, esta cifra representaría un exiguo uno por ciento de las novelas efectivamente publicadas. Pensemos en la *novela de formación* o de *aprendizaje* tal como la tenemos balizada, formalizada, topicalizada. ¿Cuántas desaparecieron y se olvidaron para dar lugar a lo que hoy fácilmente identificamos, de Goethe a Joyce, de Mann a Salinger?

Para cualquier literatura, son imprescindibles los editores y los traductores, los críticos, los correctores, los libreros, los impulsores y gestores de toda clase de iniciativas que pongan en contacto a autores, establezcan diálogos entre literaturas o alcen puentes de encuentro a culturas enteras. El *passeur culturel* es un viejo conocido de la literatura comparada. Es el encargado de pilotar barcos para atravesar anchos ríos, es un guía, un acompañante, alegórica metáfora de aquellos actores culturales, a menudo discretos, que trabajan a fondo el tejido social de toda literatura.

El escritor catalán Ferran Canyameres (Terrassa 1898-Barcelona 1964) sería uno de esos ejemplos. Poeta, novelista, memorialista, editor, traductor, activista político y promotor de incontables empresas culturales, Canyameres es un verdadero *vitalista lletraferit* según la expresión de Albert Manent. Pasó toda su vida creyendo apasionadamente en los *valores espirituales* de la literatura y de las artes plásticas,

# FERRAN CANYAMERES

## Vitalista 'lletraferit'

Las historias de la literatura suelen prestar atención a autores de obras incontestables. Pero hay también otros nombres que, sin ser tan extraordinarios, nutren las letras y la cultura de un país. Ferran Canyameres (Terrassa, 1898 - Barcelona, 1964), poeta, novelista, editor, traductor y promotor cultural, es uno de estos olvidados que dedicaron vida y obra a las letras

convertido en un entusiasta *passeur* cultural entre Catalunya y Francia, como ha recordado Eliseu Trenc. Impulsó y colaboró en todo tipo de revistas con los más dispares pseudónimos, tradujo a Paul Claudel al catalán, escribió en

**Pasó toda su vida creyendo apasionadamente en los 'valores espirituales' de la literatura**

francés *L'homme de la belle époque* (biografía del fundador del Moulin Rouge, Josep Oller), creó en el exilio la Editorial Albor, cuyos libros ilustraron sus amigos Picasso, Clavé, Rebull o Grau Sala. Su impresionante *Diari íntim*, publicado en 1972, es uno de los mejores

dietarios escritos en catalán y un extraordinario testimonio sobre la vida cotidiana de los exiliados catalanes en la Francia ocupada. En el imaginario lector, sin embargo, quizás el nombre de Ferran Canyameres resuena todavía con fuerza por *El gran sapastre*, publicado póstumamente en 1977, uno de los libros más divertidos de la literatura catalana. Es una verdadera rareza por su género, una feroz etopeya, un panfleto contra el escritor Joan Puig i Ferrater, quien fue su gran amigo y, después, su gran enemigo. El colérico Puig i Ferrater (denominado graciosamente *Puig i fer-à-repasser* porque, según parece, pegó a su amante parisiense con una plancha ardiendo) protagoniza un relato en el que los picantes *affaires* de faldas y las apariciones y desapariciones del dinero de la Generalitat republicana





## Siempre empezaba diciendo: ‘el meu fill..’

X.P.

El protagonista indiscutible del *Diari íntim* de Ferran Canyameres es su hijo, Jaume Canyameres Casals (Terrassa, 1928), con el que convivió a solas en París y Bouglainval en los primeros años del exilio. Padre e hijo visitaban juntos a Picasso y a los artistas catalanes exiliados en París, asistían a reuniones políticas clandestinas, viajaban por negocios por toda Francia. El padre idealizó a su hijo: quería para él un destino estelar, proyectó sobre su persona todo lo que él no pudo o no supo concretar. Jaume Canameras (él prefiere escribirlo así) empezó pintando y escribiendo, intentando alejarse de la sombra paterna. Pero todo se truncó. Hoy vive retirado en Prada de Con-

flent. Acompañado de una de sus hijas, me recibe en un pequeño piso moderno. “Pareces un intelectual hindú”, me dice nada más recibirme, en un catalán fresco de los años treinta. En realidad, son sus largas barbas blancas y los ojos azules, vivísimos, los que lo asemejan a él a Tagore, o a un eremita enojado. Cuando empieza a comer, se aguanta los pelos con unas divertidas pinzas y ríe escandalosamente. Me ofrece una cerveza biológica y empieza a hablar. “Cuando tú naciste, mi padre ya había muerto. Seguro que, estuvieras donde estuvieras, en algún sitio inconcreto, ya te habló de mí. Siempre era así. Cuando conocía a alguien, empezaba diciendo: *el meu fill...*”.

Jaume fue un buen estudiante, “pri-

mero en ortografía francesa”. Rimbaud era su maestro y escribía para sí mismo un dietario. Su primer y casi único lector fue su padre. “Recuperaba mis escritos de la papelería. Una vez, envió unos textos míos a *L’Arche*, la revista fundada por André Gide. Lo llamaron porque querían conocer al autor. Cuando le vieron, le dijeron: ‘Le creíamos más joven’. Las narraciones, tituladas *D’un ciel*, se publicaron, en francés, y ya está. Esto es todo.” Jaume estuvo un tiempo en Barcelona en los años cincuenta, se casó y tuvo hijos. Las fricciones con su padre eran inevitables y, para romper con él, rompió con todos. El exilio causaba estragos en la segunda generación. Un tiempo después, siguiendo a un grupo *este-*

*rista* de meditación y reflexión plástica, reconocido por Juan Eduardo Cirlot, y bajo la estela de Joaquim Torres García, pasó temporadas en Levens, cerca de Niza. Conserva algunos cuadros suyos, psicodélicos, pero casi no tiene libros porque no quiere *tener* nada. “Estoy harto de los catalanes. Siempre se quejan, siempre hablando de ellos...” Jaume recuerda emocionado el París ocupado por los nazis y sus paseos solitarios en bicicleta, sinónimo de libertad. Su testimonio no es convencional. Sólo se parece al que dejó Carles Fontserè en el segundo volumen de sus memorias. Evoca algunas comidas antológicas en un restaurante parisino regentado por un catalán. Allí estaban todos: Clavé, Grau-Sala, Tasis, Gasch, Cabot... “Empezaban queriendo arreglar Catalunya, y Europa y el mundo... Pero cuando los vinos hacían efecto se ponían a cantar y, al final, ya nadie se acordaba de nada.” En una ocasión, al final de los actos del 11 de Setembre de 1946 en el Casal de Catalunya de París, todo el mundo se levantó para cantar *Els segadors*. Menos Jaume Canameras. Cuando se lo recriminó un militante del PSUC, respondió con un puñetazo y se montó una pelea descomunal.

“¿Que qué recuerdo tengo de mi padre? Mira: piensa en un hombre corpulento, bovino, con más de cincuenta años y 130 kilos. Este hombre se levantaba a las seis de la mañana, cogía una bicicleta, llenaba la cesta de pan, quesos, salchichón, una botella de vino. Era comida para sus amigos, que, en el París ocupado, sufrían mucho más el hambre que nosotros. Pedaleaba casi ochenta kilómetros. Sorteaba los controles alemanes. Y luego volvía como si nada, satisfecho de haberlos ayudado. Este era mi padre.”

Se hace tarde, Jaume me despide cordialmente: “Sempre tindràs un plat a taula”. Cuando le pregunto si, al final, solicitó la ciudadanía francesa, me suelta: “No has entendido nada...” |

conviven en un París de una increíble vida nocturna, un mundo de *chambres de bonne* y *groks*, ostras, champán y prostitutas, uniformes nazis y sucesivas derrotas catalanas.

En palabras de su íntimo amigo Sebastià Gasch, Ferran Canyameres fue un personaje pintoresco, verdaderamente simenoniano. En su libro *París, 1940*, Sebastià Gasch dedica todo un capítulo a Canyameres, identificándolo con el nombre de Ferran Madriguera. Lo describe como un hombre inteligente, cultivado, que destacaba por su ingenio, por su generosidad, su capacidad ilimitada por ayudar a sus amigos y su hambre bovina. A principios de los años cuarenta, descubrió al melancólico Simenon, subyugado por el novelista de la huida y del vértigo, de las escapadas y los trenes, y sus docenas de pequeñas

historias, aparentemente banales, de personajes minúsculos. Canyameres llegó a publicar, en su propia editorial, 112 títulos de Simenon pero, desgraciadamente, acabó arruinado, un hecho absolutamente insólito entre los edi-

### Simenon vió en la estatura de Canyameres, sus cien kilos, su pipa, su aire campechano y sus súbitas exaltaciones, el retrato de su Maigret

tores mundiales del creador de Maigret.

En los estrechos círculos del exilio catalán en París, la amistad de Canyameres con el novelista belga despertó todo tipo de rumores y de interpretaciones. Rafel Tasis, por ejemplo, explica que Simenon y Canyameres se conocieron durante un bombardeo alemán en París mientras se fumaban sus respecti-

vas y amadas pipas. Naturalmente, las cosas no podían haber ido así. Canyameres detalla en su dietario cómo, en 1942, después de leer la novela que Simenon situaba en Barcelona, *Les trois crimes de mes amis*, decidió escribirle. Este res-

pondió y le invitó a su casa cerca de La Rochelle. Simpatizaron en seguida y se intercambiaron centenares de cartas. “Mon cher Canameras...”, escribía siempre Simenon, quien vio en la estatura de Canyameres, sus cien kilos, su pipa, su aire campechano y sus súbitas exaltaciones, el retrato de su Maigret. Canyameres se convirtió en el traductor y editor de Sime-

non al castellano (al catalán, no pudo ser) pero las circunstancias no se lo pusieron nada fácil. Inculpa-do por el franquismo, desde la Francia ocupada, sin ser tampoco editor, las posibilidades de crear una editorial popular desde Barcelona eran casi nulas. Cuando pudo empezar, en 1948, asociado con Aymá, tuvo que afrontar la censura y un cierto desinterés del público español.

Murió enfermo y solitario, después de pasar temporadas en la cárcel Modelo acusado de haber ayudado al dirigente comunista Joan Comorera. Cuando Georges Simenon visitó Barcelona en 1964 para saludar las traducciones catalanas de sus obras de la colección La Cua de Palla, Canyameres ya había caído en el triste olvido, como un personaje desplazado del admirado creador de Maigret. |

A la izquierda, primera edición, de 1972, del ‘Diari íntim’ de Canyameres, con portada de Jordi Fornas, en Editorial Pòrtic; debajo, dos portadas de obras de Simenon traducidas por Canyameres y publicadas en su editorial, Albor, en los años cincuenta; y portada de ‘Poesía secreta de Ferran Canyameres’, con dibujos de Picasso, publicado en 1955 también por Editorial Albor. En esta página, Canyameres con su hijo Jaume en el exilio parisino